

hasta el torrente de Oued-Kaddara, pasando por el fuerte de Hamza. La expedición se puso en marcha el 18 de Octubre: el 28 del mismo mes llegó al desfiladero, en cuyo paso se emplearon seis horas. Algunos soldados, trepando por los flancos de la inmensa muralla que le forma, trazaron en ella, con la punta de sus bayonetas, esta simple inscripción, que también se lee en las pirámides de Egipto: *Ejército francés*, 1839. Apenas se cambiaron algunos tiros con los merodeadores indígenas, y el 2 de Noviembre la expedición entró en Argel.

El feliz resultado de este gran paseo militar mostraba el ascendiente que la Francia tomaba en Argelia. Abd-el-Kader juzgó que era tiempo de impedir que la influencia francesa se estableciera de una manera definitiva. Sus emisarios empezaron á predicar la guerra santa; la tribu de los Hadjutes se puso á ejercer algunos *razzias* en las tribus aliadas; fueron vigorosamente rechazados; pero esto no era más que simples escaramuzas que anunciaban la próxima renovación de la guerra. Las hostilidades empezaron el 17 de Diciembre de 1837.

En todas partes se hacían preparativos de guerra. El Mitidja fué invadido por todas partes, y los colonos se vieron precisados á refugiarse en Argel, y pronto no quedó á los franceses más que los territorios comprendidos en los recintos fortificados. Pero el valor de los soldados, la actividad y bravura de los generales, detuvieron la impetuosidad del enemigo, y algunos gloriosos hechos de armas merecieron inscribirse en los anales militares franceses. En el mes de Febrero de 1840 ciento veintitres hombres que componían la guarnición de la pequeña ciudad de Mazagran, á las órdenes del capitán Lelievre, resistieron, durante cuatro días consecutivos, á más de doce mil árabes; la heroica guarnición rechazó tan felizmente los asaltos, que el enemigo se retiró con una pérdida de quinientos ó seiscientos hombres entre muertos y heridos; los defensores de Mazagran no tuvieron más que tres muertos y diez y seis heridos. La Francia entera aplaudió su valor, y los árabes aprendieron á respetar á estos soldados, que mostraban más intrepidez que ellos. Uno de ellos escribía con este motivo: «Nos hemos batido cuatro días y cuatro noches; eran cuatro días interminables, porque no em-

pezaban ni acababan sino al sonido del tambor; eran días negros, porque el humo de la pólvora oscurecía los rayos del sol, y las noches eran noches de fuego, iluminadas por las llamas de los vivaques y por los chispazos de los disparos.

En todos los puntos, los soldados franceses se mostraban dignos de sus camaradas de Mazagran, y dos de los hijos de Luis Felipe, el duque de Orleans y el duque de Aumale, no se mostraban menos dignos de combatir en medio de ellos. El mariscal Valey se retiró con la gloria de haber tomado á Constantina, resistido á una formidable insurrección y preparado victorias más decisivas para una administración más joven y más activa.

Uno de los actos más importantes de la suya fué la creación de un obispado en Argel (1838). Desde el principio de la conquista, los soldados franceses morían sin el consuelo de recibir las supremas bendiciones de la religión, y muchos de ellos sentían vivos disgustos; mientras que los musulmanes se admiraban de ver á un pueblo sin sacerdotes y sin Dios. Se empezó por tolerar á algunos misioneros en los principales centros de población, y después los lazaristas fueron encargados del servicio religioso en Argelia, hasta que por fin el gobierno tomó una medida más eficaz, y, á petición suya, el papa Gregorio XVI estableció en Argel una sede episcopal, que dependía de la metrópoli de Aix, y cuya jurisdicción se extendía sobre toda la regencia de Argel. De esta suerte el Africa volvía á ser una tierra cristiana y católica; el primer obispo de Argel, sucesor de San Agustín, obispo de Hipona (Bona), fué monseñor Dupuch, cuyo celo corría parejas con la ruda tarea que tenía que cumplir.

El mariscal Valey había mantenido todas las posiciones que ocupaban los franceses; pero el emir Abd-el-Kader, que huía todos los encuentros serios y decisivos, volvía á reaparecer en seguida que las tropas se alejaban: vencido, no por eso conservaba menos fuerzas, y las tropas se cansaban de perseguir por todos los puntos á un enemigo al que no podían dar alcance. El general Bugeaud, nombrado gobernador general, siguió otra táctica diferente desde los primeros días de su llegada (22 de Febrero de 1841). En lugar de dejar las tropas diseminadas, las

reunió en grupos considerables para poder atacar con más vigor. Tenía á sus órdenes á un ejército de cerca de cien mil hombres, con cuyas fuerzas podía emprender una gran campaña. Los sucesos no tardaron en probar la excelencia de su sistema, pues Abd-el-Kader sufrió muchas derrotas sucesivas. Mientras que el general Baraguay-d'Hilliers sometía el bajo Cheliff, quemaba muchas plazas fuertes del emir y castigaba á una tribu rebelde, Bugeaud se apoderó de la ciudad de Tekederupt ó Tagdempt, á la que los árabes pusieron fuego al tiempo de retirarse, y de Mascara, que no opuso resistencia. Abd-el-Kader, privado de sus principales recursos, abandonado por la mayor parte de las tribus, fué á buscar un refugio en el desierto. Un hecho glorioso para la religión señaló esta brillante campaña: monseñor Dupuch fué intrépidamente á encontrar al emir en medio de su campamento para tratar con él del cange de prisioneros; ciento treinta y ocho franceses debieron así la vida al valeroso prelado.

En 1842 fué preciso emprender de nuevo las operaciones militares. Abd-el-Kader se mostraba infatigable, recobraba por las intrigas lo que perdía por la guerra, y muchas tribus de las que se habían sometido se sublevaron á su voz. Bugeaud no era menos infatigable que él; admirablemente servido por los generales La Moriciere, Changarnier, de Bar, Bedeau; por los coroneles Jousouf y Morris, y por el joven duque de Aumale, resolvió perseguir al enemigo hasta en sus más inaccesibles escondites. El duque de Aumale tuvo entonces la gloria de dar un terrible golpe al corazón y poder de Abd-el-Kader. Acosado por todas partes, no teniendo ni una ciudad en donde poder defenderse, el emir se había organizado una especie de ciudad ambulante que encerraba sus tesoros, su familia y que comprendía á todos los árabes que continuaban siéndole fieles; era su *Smala*, palabra árabe que designa á la vez una sociedad, la tropa al servicio de un jefe y el conjunto de la familia y de las riquezas del mismo. Entre todos contaba unas veinte mil almas y seis mil tiendas, y unos cinco mil combatientes armados de fusiles, entre ellos unos quinientos de infantería de línea y dos mil de á caballo. El duque de Aumale fué el encargado de destruir esta fuerza enemiga, á la cual alcanzó en Ain-Ta-

guin, hácia las fuentes del Taguin, río que desemboca en el Cheliff. No tenía consigo más que quinientos caballos, á cuya cabeza se encontraban los coroneles Jousouf y Morris, y como se le aconsejara que esperara á la infantería que le seguía á cierta distancia: «Jamás ha retrocedido ninguno de mi raza,» contestó el joven príncipe, y se precipitó sobre la ciudad de tiendas. Al cabo de algunas horas emprendía la fuga todo lo que podía huir, impeliendo los rebeldes hácia los desiertos, y tres mil seiscientos prisioneros caían en poder de los franceses, así como las tiendas de Abd-el-Kader, su correspondencia, su tesoro, cuatro banderas, un cañón, dos cureñas y un gran número de objetos preciosos (16 de Mayo de 1843). La Moriciere cortó el camino á los fugitivos haciendo todavía muchos prisioneros y cogiendo un botín considerable. Rechazado definitivamente de la provincia de Argel, Abd-el-Kader trató inútilmente de mantenerse en el Sud de la provincia de Oran, y se vió precisado á retirarse al territorio marroquí.

El huésped que recibía el emperador Abd-er-Rahman era comprometedor. El soberano de Marruecos hubiera de buena gana deseado no enemistarse con Francia; pero negándose á acoger á Abd-el-Kader y á socorrerle con todas sus fuerzas, hubiera irritado entre sí á todos los musulmanes, por lo cual se preparó secretamente para la guerra, y cuando se creyó bastante fuerte se atrevió á pasar la frontera y á atacar á las tropas francesas. Bugeaud, que acababa de ser nombrado mariscal de Francia, marchó inmediatamente al encuentro del ejército marroquí, mandado por Sidi-Mohammed, hijo de Abd-er-Rahman. El mariscal Bugeaud rechazó á los marroquíes hasta su territorio y penetró en Ouchda; pero pronto se encontró en presencia de un inmenso ejército, acampado sobre las orillas del Isly y sobre los flancos de una colina en cuya cumbre brillaba el *parasol* imperial, emblema del poder soberano. El mariscal Bugeaud no tenía más que diez mil hombres, ocho mil quinientos infantes y mil cuatrocientos caballos que oponer á veinticinco mil ginetes reputados invencibles hasta entonces. Dejó que los árabes desahogaran su furor contra los batallones formados en cuadro, y después les cargó con impetuosidad, les dispersó, pe-

netró en el campo enemigo haciendo un inmenso botín, pues hasta el parasol cayó en manos de los vencedores; el ejército marroquí había sido aniquilado (16 de Agosto de 1844). Al mismo tiempo Marruecos era atacado por mar; á pesar de la presencia de una flota inglesa y de la mala voluntad de estos aliados, cuyas intrigas no habían sido extrañas á la resolución de Abd-er-Rahman, una flota francesa mandada por el príncipe Joinville bombardeó á Tánger, cuyas fortificaciones destruyó (6 de Agosto) dirigiéndose en seguida hácia Mogador, al otro extremo del imperio, para dar un golpe sensible al comercio marroquí, del cual este puerto es el principal intermediario. Mogador no pudo resistir (16 de Agosto).

Los terribles golpes dados á Tánger, á Mogador y sobre las orillas del Isly obligaron al emperador de Marruecos á pedir la paz, cuyos preliminares fueron celebrados el 10 de Setiembre en Tánger y ratificados en la misma ciudad el 26 de Octubre. Abd-er-Rahman se comprometía á entregar á Abd-el-Kader en el caso en que el ex-emir penetrara en territorio marroquí y á impedir que recibiera socorros de los enemigos de Francia; las tropas francesas evacuaron á Mogador y á Ouchda. Las fronteras establecidas entre la antigua regencia de Argel y Marruecos fueron reconocidas como definitivas por una y otra parte. Los franceses habían adquirido mucha gloria; pero para no descontentar á la Inglaterra, el gobierno de Julio no exigió una indemnización de guerra, debilidad que cubrió con la siguiente frase: «La Francia, dijeron los ministros, es bastante rica para pagar su gloria.» El mariscal Bugeaud fué creado duque de Isly.

El tratado de Tanger ponía á Abd-el Kader fuera de la ley; pero pronto se hizo evidente que, aunque de buena fé, el emperador de Marruecos era impotente para cumplir los compromisos tomados con respecto al temible emir. Tocar á Abd-el-Kader hubiera sido sublevar contra sí mismo al fanatismo de sus propios vasallos; primeramente intentó alejarle; pero el emir le contestó que las enfermedades que reinaban entre los suyos le impedían salir de Marruecos. Sin embargo, se alejó momentáneamente de las fronteras francesas, si bien secretamente y bajo cuerda excitaba á las tribus

argelinas, algunas de las cuales se sublevaron al grito de Bou-Maza (el padre de la cabra). La insurrección fué reprimida. En esta campaña el nombre del comandante Pelissier, que ya se había distinguido en la batalla de Isly, llegó á ser célebre de resultas de un suceso, cuya responsabilidad echó toda entera sobre sí, aunque fué una consecuencia necesaria de las crueles necesidades de la guerra. Habiendo un grupo de árabes buscado un refugio en las grutas del Dahra, se pusieron manojos á su entrada y se les puso fuego á fin de obligar á los árabes á salir de allí: quinientos de estos desgraciados perecieron asfixiados ó quemados.

Desde principios del año 1845 Abd-el-Kader volvió á aparecer. La provincia de Oran se había sublevado, el comandante Montagnac había sido pérfidamente asesinado cerca de Djemma-Ghazanat con cuatrocientos hombres, mientras se hallaba ausente el mariscal. Los generales La Moriciere y Cavaignac acudieron á los más urgentes peligros, hasta que el regreso del mariscal acabó por dar la superioridad á las armas francesas. Abd-el-Kader vió á sus más hábiles generales abandonarle, y hasta el mismo Bou-Maza hacer la paz con Francia (12 de Abril de 1847). Desesperando mantenerse en Argelia, se refugió de nuevo en Marruecos; entonces el país se encontraba enteramente pacificado, á excepción de la Kabylia, de la cual solamente una parte había sido conquistada, y del Sahara, región arenosa del Sud; pero todo el Tell, es decir, toda la parte cultivable de la Argelia se hallaba sometida á la Francia. El mariscal Bugeaud, respetado por los árabes, que le habían apellidado el Grande (el Kebir), se ocupó de asimilar cada vez más con Francia al país que había verdaderamente conquistado por los prodigios de su destreza y actividad. Había tomado por divisa: *Ense et aratro*, por la espada y por el arado, y obtuvo resultados excelentes; pero desatendido por el gobierno en sus ensayos de colonización, pidió su retiro y volvió á Francia (1847).

El duque de Aumale, tercer hijo de Luis Felipe, fué nombrado gobernador general de la Argelia. Abd-el-Kader reapareció entonces: rechazado del imperio de Marruecos, se retiró entre los Beni-Suassen, de los cuales una fracción continuaba siéndole fiel. Desde allí espe-

raba ganar el Sud; pero aquí le esperaba el general La Moriciere. Abd-el-Kader conoció pronto que se hallaba cogido por todas partes. La Moriciere era secundado por el general Cavaignac, por el comandante Bazaine, por los coroneles de Montauban y de Mac-Mahon, que con el tiempo estaban llamados á adquirir una gran celebridad. No había ningún medio de resistir: el 23 de Diciembre, el mismo Abd-el-Kader vino á entregarse con su familia á la generosidad de la Francia. El 24 La Moriciere y Cavaignac presentaron al ilustre prisionero al duque de Aumale en Djemma-Ghazanat, adonde acababa de llegar. El príncipe ratificó la palabra empeñada por el general La Moriciere de que Abd-el-Kader sería conducido á Alejandría ó á San Juan de Acre, «con la firme esperanza de que el gobierno del rey sancionaría este convenio.» El 25 de Enero de 1848, el ex-emir se embarcaba para Oran, desde donde fué trasportado á Tolon, adonde llegó el 29 con toda su familia y acompañamiento. Trasladado primeramente al fuerte Lamalque, y después al castillo de Pau, fué finalmente conducido, en Noviembre de 1848, al castillo de Amboise, cerca de Blois. La palabra empeñada no había sido ratificada; la revolución de Febrero había primeramente dejado indecisa la cuestión y después se temían los tumultos que Abd-el-Kader podía suscitar en Argelia si por allí volvía á aparecer. Luis Napoleón, llegado á ser presidente de la república con un poder absoluto, después del golpe de Estado de 1851, dió sin condición alguna la libertad al emir en Octubre de 1852, por cuyo acto de generosidad Abd-el-Kader se ha mostrado agradecido.

Después de la entrega de Abd-el-Kader, el duque de Aumale no perdió un momento para dar un nuevo impulso á todos los trabajos de la colonia. Había dos sistemas contrarios: el del mariscal Bugeaud, partidario de las colonias militares establecidas á la manera de los romanos, y el del general La Moriciere, partidario de la colonización civil. Se renunció á las colonias, pero no se pudo renunciar á una fuerte ocupación militar. Algunas ciudades fueron edificadas ó ensanchadas en el sitio de las antiguas y recibieron nombres franceses, como Aumale, Orleansville y Philippeville; se reconocieron los lugares á propósito para el esta-

blecimiento de muchos pueblos, y se formaron algunas sociedades industriales y de cultivo, de suerte que la Argelia llegó á ser verdaderamente una tierra francesa. La catástrofe de Febrero retrasó un momento los progresos de la colonización; pero los años más tranquilos que siguieron trajeron consigo la prosperidad. En la actualidad, la Argelia entra como una parte importante en el movimiento comercial é industrial de la Francia, á la cual casi iguala en extensión, si bien no tiene apenas más que unos tres millones de habitantes, entre los cuales, sin contar con el ejército, se cuentan 200.000 europeos; lo cual no es bastante para hacer valer los recursos de esta hermosa comarca, la mitad al menos de la cual puede ser cultivada. Solamente dos millones de hectáreas están cultivadas; 1.800.000 hectáreas están cubiertas de bosques en explotación. El algodón, el tabaco, los olivos, varias especies de árboles, entre otras, el roble-alcornoque, y los ganados dan ya importantes productos; se mejoran las vías de comunicación; algunos pozos artesanos multiplican los oasis y limitan poco á poco la extensión del desierto. Por lo demás, la ley francesa no se aplica más que á la población europea, y los tribunales árabes administran justicia á los árabes, en la forma por ellos acostumbrada. Dos cosas faltan á la Argelia: los brazos y el cristianismo; los brazos vendrán poco á poco, pero la dominación francesa no se asentará definitivamente ni acabará la colonización, sino cuando los árabes no vean en los cristianos á unos enemigos, sino cuando ellos mismos se conviertan al cristianismo.

El movimiento de las inteligencias durante el gobierno de Luis Felipe no fué apenas más que la continuación del que se había declarado bajo la restauración. En las letras, en las ciencias y en las artes, se encuentran los mismos nombres con algunos nuevos; las ciencias progresan, las artes se sostienen en general, la literatura cesa de elevarse á la misma altura; se observa en ella decadencia, ó más bien, sueño intelectual, mientras que la actividad humana se dirige con preferencia á todo lo que ofrece lo útil ó lo agradable, más bien que lo bello; se desea la fortuna y el bienestar, no se estima apenas la literatura, las ciencias y las

artes, sino con arreglo á la suma de bienestar y de fortuna que pueden procurar.

El gobierno de Julio no veía apenas en la religion otra cosa que un instrumento; sin embargo, es necesario hacerle la justicia de que se dedicó á restaurar los edificios consagrados al culto y á mejorar la condicion del clero; concedía de mejor gana favores materiales que tolerar las libertades á que el catolicismo tiene derecho. Empero merced á la influencia dejada á la piadosa reina María Amelia para la eleccion de los obispos, el episcopado era puro y lleno de celo; bajo el impulso de los primeros pastores, los estudios eclesiásticos se reanimaban por todas partes, el clero se hacia cada vez más instruido, grandes publicaciones daban testimonio del renacimiento de los estudios serios y la prensa religiosa tomaba cada dia mayor importancia.

La filosofía católica, restaurada por los José de Maistre y por los Bonald, reclutaba nuevos discípulos que continuaban felizmente el movimiento. La Mennais había dado un impulso que no se paró sino despues de su defeccion; el abate Bautain supo reconocer los errores que se le reprochaban, y todo el mundo rendía homenaje á la superioridad del abate Gerbet, despues obispo de Perpignan; del abate de Salinis, que murió siendo arzobispo de Auch; del abate Doney, hoy arzobispo de Montauban; de monseñor Parisis, á la sazón obispo de Langres, y que murió siendo obispo de Arras; de monseñor Affre, arzobispo de París, etc.

La filosofía universitaria, la que oficialmente se enseñaba en las cátedras retribuidas por el gobierno, no seguía por desgracia el mismo camino. Había abjurado el materialismo del siglo décimotavo y se presentaba como espiritualista; sin duda creía ser con M. Cousin el jefe del eclecticismo, y no se apercibía de que se inclinaba hácia el panteísmo, término inevitable de su admiración hácia Platon, Plotin Espinosa, y especialmente por la vaga y nebulosa filosofía de la Alemania protestante é incrédula. Así es que reservada y prudente con M. Cousin, con M. Saisset, con M. Damiron, etc., era más abiertamente anti-cristiana con M. Edgar Quinet y con una falange de jóvenes profesores y escritores que debían, en una revista titulada la *Libertad de pensamiento*, llevar la osadía

hasta á resucitar las doctrinas materialistas, cubriéndolas con fórmulas más científicas que hasta entonces. Estas tendencias y estos actos de la enseñanza universitaria ú oficial contribuyeron más que todo lo demás á dar una vivacidad extraordinaria á las discusiones sobre la libertad de enseñanza.

La literatura, que es la expresion de la sociedad, como con mucha razon ha dicho M. de Bonald, reflejaba perfectamente la situación de los ánimos. A esta sociedad, ávida de riquezas, de comodidades y de placeres, ofrecía las muchas distracciones de una poesía sensual, de los teatros y del romance. Víctor Hugo cantaba todavía; pero su musa se inclinaba cada vez más hácia la rehabilitación de lo feo y de lo falso; despues de haber cantado y exaltado la dignidad real, la envilecía en sus dramas; despues de haber escrito odas católicas, escribía el romance de *Nuestra Señora de París*; finalmente, se dejaba crear por Francia en la víspera de una revolución á la que debía glorificar ultrajando á la dignidad real, dos veces incensada y vendida traidoramente por él. Lamartine también había cambiado de estilo; el autor de las *Meditaciones poéticas* y de las *Armonías* era cristiano, al ménos de intención, á pesar de la ola panteística de sus aspiraciones; dos poemas establecidos sobre una falsa base, *Joselin* y la *Caida de un ángel*, señalaron la desaparición del poeta cristiano, y despues se lanzó á la política; fué diputado, brilló entre los más brillantes oradores, mezclando muchas falsas ideas con generosos sentimientos; á la vez caballeresco y revolucionario; y publicó, en la víspera de 1848, la *Historia de los girondinos*, que no contribuyó poco á la caída del trono de Julio, disminuyendo el horror á la revolución, poetizando la figura de los personajes más peligrosos de los tumultos políticos de Francia.

Al lado de Hugo y de Lamartine, Casimiro Delavigne (1793-1843) cantaba la revolución de Julio en *La Parisiense*, pobre imitación de *La Marsellesa*, y daba al teatro algunas tragedias estimadas: *Luis XI* (1832), *Los Hijos de Eduardo* (1833), *Una familia en tiempo de Lutero* (1836) y *La hija del Cid* (1840); Alejandro Guiraud (1788-1847), autor de *Los Macabeos* (1822) y de *El pequeño saboyano* (1824), escribía algunos romances cristianos, una *Filosofía católica*

de la historia y el poema de *El claustro de Villamartin* (1843); Alejandro Soumet (1786-1845), autor de una deliciosa elegía, *La pobre doncella* (1814), de muchas tragedias, entre otras, *Juana de Arco* (1825), no retrocedía ante la composición de dos poemas en forma épica: *La divina Epopeya* (1840) y *Juana de Arco* (1846); ésta, asunto nacional muy bien tratado; aquélla, asunto que por desgracia descansa en una herejía, la redención de los condenados, pero que ha suministrado muy buenos versos al autor; Baour Lormian (1770-1854), célebre desde 1801 por una traducción en verso de las *Poesías de Ossian*, y que despues de haberse quedado ciego daba en verso una bella traducción del libro de Job; Beranger (1780-1857) continuaba su papel de cancionero epicúreo, y veía multiplicarse las ediciones de estos pequeños poemas que el buen gusto, lo mismo que la moral, deben reprobar, á pesar de los rasgos de poesía, de patriotismo y de buen sentido que en ellos se encuentran diseminados; Ponsard (1814-1867) veía empezar su reputación por la tragedia de *Lucrecia*; Alfredo de Musset (1810-1857) escribía versos perfectos en su forma, muchas veces llenos de gracia, pero que inspiraban un sensualismo grosero, demasiado funesto, presagio del vergonzoso materialismo y de los tristes hábitos en que se apagaron el genio y la vida del escritor; Alfredo de Vigny (muerto en 1864) escribía el romance de *Cinco-Martes* y muchos poemas cuyos versos se distinguen por su pura y sabia forma. Algunos poetas franceses cristianos cantaban al lado de aquéllos, como Juan Reboul (muerto en 1864), autor de una elegía que todo el mundo sabe de memoria, *El Ángel y el Niño*, y de un poema épico, *El último dia*, que encierra serias bellezas; Eduardo Turquety (1807-1867), poeta lírico, que muchas veces ha encontrado la sublime inspiración y conducido la poesía á su destino verdadero.

Preciso será citar todavía al poeta dramático Ancelot (1794-1854); el vizconde de Arlincourt (1789-1856), poeta y romancero; la señora Desbordes Dalmore (1789-1859), autora de poesías notables por una sensibilidad llena de delicadeza; la señora Emilia de Girardin (Delfina Gay) (1781-1855), autora de poesías, de romances y de dramas; Viennet, autor de diversos

poemas, uno de ellos épico, que no tiene lectores, y de fábulas que tienen cierta reputación; Sainte-Beuve, poeta romántico é historiador que acabó por encerrarse casi exclusivamente en la crítica literaria; Barbier, poeta satírico, cuyos *Yambos* recuerdan las generosas indignaciones de Juvenal; Barthelemy y Méry (1798-1866), dos poetas que trabajaban juntos, pero que abusaron de su extrema facilidad.

Muchos de los poetas que acabamos de citar trabajaban para el teatro; pero la decadencia de la escena francesa no era por eso ménos sensible. La tragedia clásica no se elevó jamás de una medianía, á pesar del intérprete que encontraba en una actriz que disfrutaba de una gran celebridad, la señorita Rachel (1821-1858); la misma gran comedia se veía abandonada, y no se veían más que los sainetes, drama mezclado de coplas, y que Scribe (1791-1861) llevó al grado de perfección relativa, propio de este género mediano.

La novela fué todavía más cultivada que el teatro; tomaba todas las formas, bebía de todas partes sus inspiraciones; en la historia, que desfiguraba; en la vida ordinaria, cuyos vicios hacía resaltar; en todas las clases de la sociedad, desde el palacio hasta la zahurda y hasta los más infectos chamizos. Unas veces buscaba simplemente divertir; otras tenía pretensiones morales y filosóficas; muchas no era más que un arma de guerra en manos de las pasiones políticas é irreligiosas; casi siempre era peligrosa y perjudicial, y llegó á ser una de las más poderosas causas de la desmoralización general cuando invadió el folletín de los periódicos, en otro tiempo consagrado á conferencias literarias, de artes ó de ciencias. El número de los novelistas que gozaron de cierta celebridad durante los diez y ocho años del gobierno de Julio, es muy crecido: entre ellos citaremos á Víctor Hugo, Alfredo de Vigny, de Scribe, de Sainte-Beuve, etc.; pero los novelistas más fecundos y más de moda eran Honorato de Balzac (1799-1850), escritor desigual é incorrecto, y que gustaba de pintar los malos lados de la naturaleza humana; Eugenio Sué (1801-1857), que parece haber tomado por tarea la rehabilitación del vicio y la deshonra de la virtud en *Los Misterios de París* (1842) y en *El Judío Errante* (1844); Jorge Sand, escritora, acaso la

primera entre los novelistas franceses, pero cuyas doctrinas inmorales é irreligiosas manchan, con pocas excepciones, las producciones más bellas; Alejandro Dumas, hombre de espíritu inagotable, que ha cultivado todos los géneros, el drama, la poesía, la historia; pero que ha sobresalido especialmente en la novela, pero sin preocuparse mucho, desgraciadamente, de respetar la historia ni darse tiempo para pensar; Federico Soulié (1800-1847), que se complace en la pintura de las pasiones violentas y de las escenas más afrentosas; Julio Sandeau, escritor más correcto, y que respeta á sus lectores y á sus conveniencias; Merimée, más bien autor de cuentos que novelista, y cuyas obras se dirigen á los espíritus delicados más bien que á la multitud, cuyas delicias forman las novelas.

Por cima de estos hombres, ocupados en divertir ó en corromper á sus contemporáneos, se encontraban otros, que tendian más bien á instruirles, amantes de conocer la verdad é inclinados á sacar de los hechos algunas conclusiones favorables á sus sistemas. Las revoluciones que acababan de agitar á la Europa habian llamado la atención sobre las revoluciones de la historia, que permitian comprenderlas mejor y hacian su estudio más interesante. Los viajes llegados á ser más fáciles, los descubrimientos hechos en Egipto y en Asiria, el estudio de las lenguas orientales, chino, sanscrito, persa, árabe, etc., todo contribuía á abrir nuevas fuentes á las investigaciones de los historiadores, y los hechos, de tal modo habian sido disfrazados desde tres siglos á esta parte, que se conocía la necesidad de verificarlos de nuevo y de reconstruir el edificio elevado por la pasión y por la mala fé.

Muchos nombres y obras se pudieran citar aquí, pero solamente recordaremos los principales: Daunou (1761-1840), que ha dejado 20 volúmenes en octavo bajo el título de *Curso de estudios históricos*; Fauriel (1772-1844), autor de una *Historia de la Galia meridional en tiempo de los conquistadores germanos*; Guizot, autor de estudios sobre la civilización en Francia y en Europa, hombre de Estado y filósofo que busca la verdad y que con más frecuencia la encontraría si se desembarazara de sus preocupaciones protestantes; Michelet, que despues

de haber tratado seriamente la historia y hecho más de una vez justicia al catolicismo en su *Historia de Francia*, por mucho tiempo sin acabar, se ha convertido repentinamente en romancero y folletinista; Simonde de Sismondi, nacido en Ginebra (1776-1842), que ha dejado dos grandes obras, una *Historia de las repúblicas italianas* y una *Historia de los franceses*, escritor de gran erudición, pero de estilo incorrecto y frio, y al que sus sentimientos democráticos hacen injusto para con la dignidad y para con el clero; M. de Barante (1792-1866) que ha escrito la *Historia de los duques de Borgoña* como narrador fiel, evitando con cuidado todo espíritu de sistema y dejando al lector que saque conclusiones de los hechos; Agustin Thierry (1795-1856), que ya en tiempo de la Restauración habia escrito la *Historia de la conquista de Inglaterra por los normandos*, y que puso el colmo á su reputación con la publicación de sus *Relatos merovingios*, historiador erudito, buen escritor, pero que por efecto de su educación conserva algunas preocupaciones contra la religión, las cuales tuvo la suerte de conocer antes de morir; M. Enrique Martin, autor de una *Historia de Francia* coronada por la Academia francesa, lo cual no impide que manifieste ciertas añejas preocupaciones contra el catolicismo, por un gran número de inexactitudes históricas, por un espíritu filosófico y democrático que hacen la obra tan defectuosa como perjudicial; M. Luis Blanc, escritor demócrata y socialista, que hizo más de una revelación importante sobre las sociedades secretas y sobre la revolución en su *Historia de diez años* (1830-1840); M. Thiers, que se habia dado á conocer bajo la Restauración por una *Historia de la Revolución francesa*, empapada en un espíritu republicano, y que publicó antes de 1848 los primeros volúmenes de su *Historia del Consulado y del Imperio*, obra en que se descubre más madurez, pero en donde todavía se señalan los restos de antiguas preocupaciones.

Los historiadores que se acaban de citar se colocaban fuera del catolicismo, unos porque le eran hostiles, otros porque eran indiferentes en materia de religión; empero, al lado de éstos existía una escuela de historiadores católicos, cuyos trabajos no eran ménos estimados ni ménos brillantes. Entre ellos se distinguían es-

pecialmente, Chateaubriand, autor de los *Estudios históricos*, que son una especie de compendio de historia universal; Michaud (1767-1839), historiador de las Cruzadas, uno de los fundadores del Instituto histórico y uno de los principales redactores de la *Gran biografía universal* que lleva su nombre; Mr. Laurentie, autor de una *Historia de Francia*, seguida en estos últimos tiempos de una *Historia del imperio romano*; Mr. de Montalembert, autor de una *Historia de Santa Isabel de Hungría*, que pronto se hizo popular, y que no hará olvidar la hermosa *Historia de los monjes de Occidente*, publicada en estos últimos años; el abate Rohrbacher (1779-1856), escritor erudito y ortodoxo, cuya *Historia universal de la Iglesia* ha sustituido ventajosamente á la de Fleury; Audin (1793-1851), que dió rudos golpes al protestantismo, y rectificó muchos errores históricos, escribiendo la historia de Lutero, de Calvino, de Enrique VIII y de Leon X; J. B. de Saint-Victor (1772-1858), autor de un *Cuadro histórico de París*, que tiene casi las proporciones de una historia de Francia, y de *Estudios sobre la historia universal*, en los cuales se dedica especialmente á mostrar el origen y la naturaleza del poder en las sociedades; Pico (1770-1841), fundador del *Amigo de la religión y del rey*, y cuyas *Memorias sobre la historia eclesiástica* gozan de una merecida reputación de exactitud; el caballero Artand de Montor (1772-1849), autor de una *Vida de Pio VII*, de una *Vida de Leon XII* y de una *Historia de los pontífices romanos*, que pueden suministrar excelentes armas para la defensa de la Iglesia y de los papas; Mr. de Falloux, que empezaba su reputación publicando una *Historia de Luis XVI* y una *Historia de San Pio V*; Dom Pitra, hoy dia cardenal, y cuya *Vida de San Leger* y otras obras de erudición inauguraban de una manera brillante los trabajos de los nuevos Benedictinos franceses restablecidos por otro sabio religioso, Dom Gullanger, cuyos estudios sobre la liturgia han ejercido tanta influencia sobre el clero de Francia; el P. Lacordaire, al que la *Vida de Santo Domingo* permite colocar entre los historiadores; finalmente, el sabio abate Gorini (1803-1858), simple cura de aldea, que con una ciencia segura y una perfecta moderación rectificaba los errores de los más célebres historiadores.

La elocuencia brillaba con el mismo resplandor que la historia; se desplegaba en el púlpito con el P. Lacordaire, que acababa de restablecer en Francia la orden de los Dominicos; con el abate Combalot, que conseguía triunfos dignos de los más celosos misioneros; con el P. de Ravignan, que habia abandonado el bufete para entrar en la Compañía de Jesús, etc; en la *tribuna política*, ora en la Cámara de los pares, ora en la de los diputados, con los Berryer, los Guizot, los Thiers, los Odilon Barrot, los Dufaure, los Sauzet, los Montalembert, los Billault, los Lamartine, los Arago, los Dupin, los Villemain, etc.; en el *foro* con los Berryer, los Dupin, los Dufaure, los Paillet (muerto en 1855), los Baroche, los Julio Favre, María, Chaix d'Est-Auge, Nogent-Saint-Laurens y Ledru-Rollin, llamado más tarde á un papel demasiado famoso. Las cátedras de la alta enseñanza habian perdido el brillante triunvirato de la restauración, Guizot, Villemain y Cousin, que absorbían las preocupaciones de la política, pero conservaban todavía algunos profesores distinguidos como Saint-Marc-Girardin, Nisard, Geruzez, el abate Bautain, Lenormand, que habia sucedido á M. Guizot en la cátedra de historia; por su enseñanza excéntrica y anticatólica, Michelet y Edgar Quinet atraían á sus explicaciones á una juventud ardiente y fácil de extraviar, que, sin embargo, sabia reconocer la ciencia sólida, respetar la fé profundamente cristiana de Federico Ozanam, autor de una obra notable sobre *Dante* y de *Estudios germánicos*, que han arrojado una viva luz sobre los orígenes de la historia de los francos. La crítica literaria continuaba, por otra parte, siendo cultivada por M. Villemain, que le habia elevado á la dignidad de la historia y que encontraba discípulos más ó ménos fieles en Saint-Marc-Girardin, Nisard, Geruzez, Sainte Beuve, Ampere (muerto en 1864), hijo del ilustre sabio, etcétera. Esta crítica no se servía solamente de la palabra, sino que obtenía muchos lectores en las revistas y periódicos, en donde, además de los literatos, brillaban algunos polemistas llenos de talento y verbosidad, cuyos nombres hemos ya citado.

El movimiento científico empezado desde los últimos años del siglo décimooctavo y acelerado en tiempo del imperio y de la restau-